

APUNTES SOBRE BIBLIOTECOLOGÍA Y CAMBIO SOCIAL

Joed Amílcar Peña Alcocer

El mundo viejo pertenece al filisteo. Sin embargo, en realidad, es un mundo deshumanizado, un mundo en el que se quiere vivir y reproducirse exactamente igual que en el mundo animal; un mundo en el que el despotismo y el sistema de producción, el sistema de propiedad privada y el de la explotación de los hombres ha de conducir a su destrucción. Hay que oponerse a la absurda idolatría de este mundo, asumir audazmente la posición de la humanidad pensante y colaborar con el nacimiento del nuevo mundo que va madurando.

Karl Marx

I

Desde diversas trincheras intentamos dar solución y equilibrio al mundo, sin embargo cada día se hace más evidente que este objetivo, legítimo en todas sus aristas, está lejos de ser cumplido. La bibliotecología no escapa a este juego del sistema. Pretendemos ir en busca del progreso, de un llamado bien común, buscamos conceptos y palabras que nos hagan creer que a ello vamos. Nuestro léxico profesional pone especial énfasis a términos como responsabilidad social, ética o sustentabilidad, tratando de demostrar que vamos en la misma dirección.

No dudo en afirmar que en todas las ciencias nos hemos visto sumidos en el discurso de la globalidad (que no es necesariamente malo), por ello perdimos la pista de algunos aspectos fundamentales que surgen de nuestros entornos locales. En la bibliotecología muchos hemos llegado a creer que la responsabilidad social está ligada estrechamente a objetivos institucionalizados bajo marcos de regulación internacionales, pretendemos hablar de calidad por el cumplimiento a ciegas de protocolos de trabajo o normas, creemos que la ética se reduce a proporcionar información. Estas ideas por sí solas no son erradas, pero sí lo es creerlas absolutas y únicas. Cuando estos conceptos monopolizan nuestro discurso o dirigen nuestras acciones perdemos el carácter humanista de nuestra labor y la posibilidad del cambio social a través de ella.

II

¿Cómo contribuyen las bibliotecas al cambio? ¿Desde dónde o cómo surge la transformación social en la labor del bibliotecario? Debemos estar seguros que no desde las perspectivas institucionales del orden o desde la normatividad internacional. Por muchos años se ha

pensado que la bibliotecología es una disciplina neutral, esta postura caracteriza al bibliotecario como un agente social pasivo, sin posibilidad de influir en el contexto que lo rodea (político, cultural e incluso religioso).

Tanto el orden, como la normalización y la normatividad son benéficos para la correcta administración de los centros de información. Una considerable cantidad de bibliotecas de nuestro entorno cuentan con certificados de calidad ISO, poseen sistemas de gestión de calidad que garantizan el cumplimiento de determinados estándares; pero, a pesar de ello, no son agentes activos en el desarrollo de sus comunidades. El cambio surge de la acción más que de la estandarización. El humanismo debe estar sobre la concepción tecnocrática de la información.

III

Desde la década de 1930 surgió en países europeos una propuesta cercana al laborismo, que por lógica era también cercana al socialismo de la época y afín a las ciencias sociales críticas del capitalismo. En la década de 1980 la comunidad bibliotecológica de América entró con mayor decisión a la discusión de esta perspectiva que ha recibido nombres como bibliotecología laboral o bibliotecología progresista, denominada comúnmente en el mundo de habla hispana como bibliotecología social. Se trata de una corriente que lleva décadas desarrollándose y de la que existen, según Martín Muela Meza, por lo menos 456 obras académicas, tanto en español como en inglés.¹ Edgardo Civallero define a la bibliotecología social como

¹ Z. M. Muela-Meza, "Por una bibliotecología crítica y laboral. Voces socialistas, izquierdistas, anticapitalistas y críticas contra la hegemonía de las clases burguesas y capitalistas en las ciencias de la información documental: Una bibliografía bilingüe español-inglés". Versión 1. *LIS (Library and Information Science Critique): Journal of the Sciences of Information Recorded in Documents (Crítica Bibliotecológica: Revista de las Ciencias de la Información Documental)*, 2012, pp. 63-114.



“una corriente de pensamiento y acción, dentro de las ciencias del libro y la información, que reivindica una bibliotecología crítica y comprometida socialmente, tanto en la teoría como en la práctica.”² Desde esta trinchera se considera a la biblioteca como “una potente herramienta que pertenece a todos por igual y que debe emplearse en pos de la descolonización del saber y la lucha por la igualdad, la libertad, la justicia, la verdad, la solidaridad y la dignidad.”³

Esta forma de entender a la bibliotecología no ha sido vista con buenos ojos por todos los profesionales de la información del mundo. Se le considera como “la otra” bibliotecología, la antagónica a la bibliotecología tradicional. Esta propuesta bibliotecológica busca promover el cambio por medio de la acción.

IV

Citemos ahora algunos ejemplos de esta acción que busca el cambio, publicados en el libro *Biblioteca y sociedad*:

En el prólogo del segundo libro que escribió el cineasta Michael Moore, *Estúpidos hombres blancos*, cuenta una jugosa anécdota que tiene que ver con la profesión bibliotecaria. El 1 de diciembre de 2001, fecha en que se conmemoraba un episodio importante en la lucha contra el racismo en Estados Unidos (la costurera negra Rosa Parks se negó a cederle el asiento a un blanco y desató una tormenta de luchas contra el racismo que terminó en una importante victoria), Moore fue invitado a un acto para hablar sobre derechos civiles. En ese acto contó que había enviado ese libro a la editorial Harper Collins hacía varios meses y que, tras los atentados del 11-S la editorial le había exigido eliminar dos capítulos en los que criticaba duramente al presidente Bush. En el acto, Moore comentó que había

preparado unas palabras pero no se sentía con ganas de pronunciarlas; en su lugar, contó el incidente con el libro y dijo a los asistentes que lamentaba que nadie iba a poder leer lo que había escrito, así que les propuso leer dos de los capítulos. Cuando terminó la lectura, el público aplaudió entusiasmado. El acto terminó y a los pocos días recibió una llamada de la editorial de alguien que le preguntó directamente “¿Qué les dijiste a los bibliotecarios?” Moore no sabía de qué hablaba la persona que tenía al otro lado del teléfono. Desconocía que en el acto al que había asistido había una bibliotecaria que cuando llegó a su casa se conectó a internet y mandó un mensaje a un foro de discusión contando el incidente de Moore con la editorial. El resultado de su mensaje fue que la editorial recibió montones de mensajes exigiendo la retirada de la censura y, en consecuencia, la publicación del libro tal cual lo había escrito Michael Moore. La editorial, para no quedar como censora y dado que el caso ya había salido a la luz y estaba haciendo ruido, no tuvo más remedio que publicar el libro íntegramente.⁴

Este es un caso anecdótico, existen otros que son de profundo interés político y social, como los relatados por Ann Sparanase en el citado libro:

Ruth Brown, directora de la biblioteca pública de Bartlesby (Oklahoma) durante más de treinta años, se vio forzada a dimitir en 1951 porque se negó a retirar de los estantes la revista *The Nation* y algunos libros sobre la Unión Soviética. Pero la realidad es que la señora Brown estaba implicada en algo muchísimo más subversivo: era miembro de la rama de Oklahoma del Congreso por la Igualdad Racial y la practicaba en su propia vida personal y profesional. Éste fue el verdadero motivo por el que la señora Brown perdió su trabajo; no era neutral en cuestiones de igualdad racial. En los años sesenta, un bibliotecario fue investigado e interrogado por la Comisión de Soberanía de Missisipi

² Edgardo Cívallero, “Aproximación a la bibliotecología progresista”, *Profesional de la Información*, 2013, p. 156.

³ Edgardo Cívallero, “Neutralidad bibliotecaria”, 2012, p. 7. Consultado vía <http://eprints.rclis.org/>

⁴ Cf. P. López, *Biblioteca y sociedad*, 2014, p. 1. Consultado vía <http://eprints.rclis.org/>

porque defendía que los negros pudieran acceder a las bibliotecas públicas, ya que pagaban los impuestos con que se financiaban.

A E. J. Josey, un bibliotecario afroamericano de Georgia, se le denegó integrarse en la asociación bibliotecaria de su estado por causas raciales. A pesar de que la segregación existía en las bibliotecas de los estados del sur, de que no se permitía asociarse a los bibliotecarios en cuatro estados, y de que los servicios bibliotecarios para negros eran ínfimos en la mayoría de las bibliotecas de los estados del norte, no se escribió ni una sola palabra sobre esto en las revistas profesionales entre 1936 y 1959, hasta que Eric Moon, director iconoclasta y activista del *Library Journal*, decidió dar la batalla. E. J. Josey y otros como él creían que sin un respeto básico a los derechos humanos, el acceso igualitario y libre a la información y a la cultura no podía conseguirse. Por ello, el papel del bibliotecario, como el papel del ciudadano, es comprometerse como profesional con los derechos humanos y con principios abstractos como la libertad intelectual.⁵

Existen demandas contemporáneas de restitución de documentos y memoria, tal es el caso de los archivistas de Cataluña que han solicitado la devolución de papeles de valor histórico y cultural que fueron extraídos de colecciones catalanas durante el franquismo. Se trata de una solicitud de fuerte contenido político, que busca la reivindicación de la memoria e historia de una región asolada por la dictadura.

En otras palabras, salir del círculo de la neutralidad es aceptar la integración de nuestra disciplina a un amplio campo de debate del valor político del libro, el documento, la memoria y el conocimiento:

La visión de una biblioteca ideológicamente neutral debería enviarse al conocido basurero de la historia. La idea de que (especialmente en el año 2015) un sujeto social puede actuar en el mundo (concretamente en un entorno profesional / ocupacional) y no estar conformado ideológicamente por fuerzas sociales amplias, es difícil de sostener. Cada decisión tomada por el personal bibliotecario para incluir o excluir un elemento de una colección, cada interacción con un usuario, cada política de gestión, está conformada por innumerables fuerzas sociales. La creencia de que un profesional podría actuar de alguna forma estrictamente



neutral contradice el sentido común y la historia. Se debería luchar para que las colecciones de la biblioteca sean ideológicamente diversas, pero el ideal de un sentido rígido de neutralidad es difícil de justificar porque los bibliotecarios deberían ser conscientes de los valores que subyacen a la profesión.⁶

V

La abundancia de bibliotecología con un visible sentido tecnócrata ha provocado el desconocimiento de otras alternativas dentro de las ciencias del libro, y la tergiversación del verdadero sentido de responsabilidad y compromiso social que desde las bibliotecas se debe asumir.

No pretendo negar la utilidad de las propuestas técnicas o tecnológicas de las corrientes predominantes en la bibliotecología, sino más bien reflexionar sobre las carencias que tienen para atender aspectos fundamentales como la responsabilidad social o el compromiso social, ya que, como han abundado teóricos sobre la ética de la información, como Floridi,⁷ estas formas tradicionales se quedan muy cortas ante los grandes problemas que deben afrontarse. Creo firmemente que la inclusión de los elementos más sustanciales de la bibliotecología social puede hacer mucho por la construcción de una ética ecológica que realmente responda a las necesidades del cambio que la sociedad exige. Solo conseguiremos una ética amplia y un cambio social en la medida que abandonemos la neutralidad en la biblioteca. ☒

Joed Amílcar Peña Alcocer (Yaxcabá, 1987). Mexicano. Licenciado en historia por la Universidad Autónoma de Yucatán, Maestro en Bibliotecología por la Universidad de Oriente (Valladolid, Yucatán), estudiante de Doctorado en Historia y Estudios Humanísticos en la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla, España). Ha publicado artículos de investigación en revistas académicas y capítulos de libro. Es colaborador de la Casa de la Historia de la Educación de Yucatán y columnista del periódico *Por Esto!* Actualmente se desempeña como Profesor de Tiempo Completo y Coordinador de Biblioteca en la Universidad de Oriente.

⁵ *Ibidem*, pp. 2 y 3.

⁶ Martín Valdúnciel, M. E., y J. Cope, "Cuatro tesis para Estudios Críticos de Biblioteconomía y Documentación: un manifiesto", *Anales de Documentación*, 2019, p. 3.

⁷ Cf. L. Floridi, "Ética de la información: su naturaleza y alcance", *Isegoría*, 2006, pp. 19-46.